



Autor: Francisco de Goya y Lucientes  
Título: Capricho Nº 43,  
El sueño de la razón produce monstruos  
1793-1796

## ***EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS\****

***Placer, dolor y razón en la  
teoría política de Tomás Hobbes***

---

\* Artículo de grado para optar al título de abogada.

Fecha de recepción: Marzo 18 de 2008  
Fecha de aprobación: Abril 14 de 2008

## **EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS**

### **Placer, dolor y razón en la teoría política de Tomás Hobbes**

*Adriana María Ruiz Gutiérrez\*\**

#### **RESUMEN**

Este artículo se centra en la descripción que del hombre realiza el pensador inglés Tomás Hobbes, quien aplicando la teoría del movimiento a las pasiones humanas y el papel de la recta razón, afirmó la necesidad imperante de instaurar un poder capaz de reprimir las pasiones permanentes, violentas e intensas del hombre, a través de la Ley y el castigo, con el fin de preservar y proteger la vida humana.

**Palabras clave:** teoría del movimiento, hombre, pasión, razón, estado de guerra, Ley natural, Estado-Leviatán, sociedad civil, Ley civil, castigo.

#### **REASON'S DREAM PRODUCES MONSTERS**

#### **ABSTRACT**

This article focuses on the description that the English philosopher Thomas Hobbes makes about the man. He applied the theory of movement and the role of straight reason to human passions, and from there, affirmed the need to establish a prevailing power capable of suppressing the permanent, violent and intense passions of the man, through the law and punishment, in order to preserve and protect human life.

**Key words:** theory of movement, man, passion, reason, state of war, natural law, state-Leviathan, civil society, civil law, punishment.

---

\*\* Abogada de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia.

# **EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS**

## **Placer, dolor y razón en la teoría política de Tomás Hobbes**

### **INTRODUCCIÓN**

“Yo no discuto sino que calculo”<sup>1</sup>, anticipa Tomás Hobbes en su tratado sobre el ciudadano. En efecto, con una extraordinaria rigurosidad lógica, el pensador inglés arma lenta y cuidadosamente su diseño político. Como un reloj mecánico, que al montarlo y desmontarlo revela su funcionamiento sin que sobren piezas y sin introducir nuevas, así opera la estructura política diseñada por Tomás Hobbes.

Para comprender las causas del Estado hobbesiano como cuerpo artificial, creado por la necesidad de los hombres, es preciso disolverlo para hallar su materia: los individuos que lo componen. Éstos, a su vez, han de ser disgregados para encontrar sus propiedades fundamentales: razón, pasiones, poder. Al mismo tiempo, la figura del Estado puede recomponerse desde las propiedades de la naturaleza humana, reconstruyendo deductivamente las partes hasta encontrar las causas del Estado.

El primer método de comprensión del Estado, es acogido en este escrito, pues permite rastrear el pensamiento hobbesiano develando la profundidad argumentativa del pensador inglés. Desde la teoría del movimiento de Galileo aplicada a las pasiones humanas, Hobbes presenta al hombre como un ser en constante lucha por la obtención de las pasiones placenteras y la inhibición de dolores, que sólo cesan con la muerte, así como el deseo incontenible de poder.

La lucha por una vida feliz que no encuentra éxito, dada la competencia permanente de los hombres por los objetos producto de deleite, ocasionan la muerte, las heridas y otras formas de degradación del hombre en el estado de guerra, provocando el apareamiento de la recta razón que obliga al hombre a buscar la paz y conservación, a través de la instauración de un poder irresistible capaz de asegurar la vida de los hombres en la sociedad civil.

El Leviatán, gran cuerpo artificial creado por el miedo de los hombres a perecer en el estado de guerra y por la necesidad de obtener la satisfacción de sus apetitos, ostenta el poder de crear la Ley y con ella el castigo, para repeler toda acción

---

<sup>1</sup> Hobbes, Tomás. Tratado sobre el ciudadano. Madrid: Trotta; 1999. p. 10.

producto de las pasiones de los hombres en su eterna búsqueda por la felicidad. De esta manera, el dios mortal utiliza la espada reprimiendo al hombre que se encuentra igualmente apetitoso, como en el estado de guerra, pero más temeroso por el poder del gran Leviatán.

La felicidad es una utopía según Hobbes, porque el hombre se halla en permanente movimiento, en que sus pasiones mutan, se transforman, desaparecen, regeneran, sin que puedan existir causas finales. Con la esperanza de obtener la felicidad, el hombre es capaz de matar, sojuzgar, repeler a otros hombres, sin obtener ningún éxito dada la igualdad respecto a la consecución de armas y estrategias de los demás hombres para conquistar el mismo objeto de placer.

Temiendo por la vida, el hombre se abandona a la autoridad del gran Leviatán que le protegerá a cambio de su incondicionada obediencia, y aun de la constante represión a sus pasiones. El hombre, por ende, no será feliz ni en el estado de naturaleza ni en el estado civil, al contrario, estará presto al mismo dolor producto de su insatisfacción y del mismo terror frente a la vida en el estado de guerra y frente al castigo en la sociedad civil que incluso podrá provocar su muerte.

El hombre vanidoso, orgulloso, imponente, irreverente, que se vanagloria con su poder, desaparece de la sociedad civil, en que por virtud de la Ley, es atemorizado, horrorizado, cesando por lo tanto, en su pretensión de obtener la eterna felicidad.

Fijadas las premisas anteriores, este escrito se ocupará, en primer lugar, de la teoría del movimiento aplicada por Hobbes a las pasiones humanas, en segundo lugar, de las pasiones y razón del hombre, tanto en el estado de guerra como en la sociedad civil. En este segundo apartado, asuntos como el placer y el dolor, la lucha incesante por el poder, la construcción del Leviatán y la forma de represión a las pasiones y acciones de las mismas a través de la Ley y el castigo, se asumen como ejes de reflexión; por último se esbozarán unas breves conclusiones.

## **1. FUNDAMENTACIÓN ANTROPOLÓGICA HOBBSIANA: ENTRE LA INTROSPECCIÓN Y EL MOVIMIENTO**

Hobbes sugirió dos vías —como únicamente accesibles— para conocer la naturaleza humana: la introspección “socrática” y la física mecanicista. La primera, se obtiene por el conocimiento de sí y el examen de sí<sup>2</sup>, esto es, de la introversión

---

<sup>2</sup> Strauss, Leo. La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis. 1ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 2006. p.32.

de los propios pensamientos, opiniones, razonamientos, esperanzas, deseos y temores. “[...] los hombres pueden aprender a leerse fielmente uno al otro si se toman la pena de hacerlo; es el *nosce te ipsum, léete a ti mismo*”<sup>3</sup>, “Quien ha de gobernar una nación entera debe leer, *en sí mismo*, no a este o aquel hombre, sino a la humanidad entera”<sup>4</sup>.

El ensimismamiento desvela, según Hobbes, los caracteres del corazón humano, borrosos y encubiertos por el disimulo, la falacia, la ficción y las erróneas doctrinas<sup>5</sup>. Quien investiga su corazón, descifra con clave y sin error, sus pensamientos y pasiones, así como de los demás hombres:

[...] por la semejanza de los pensamientos y de las pasiones de un hombre con los pensamientos y pasiones de otro, quien se mire a sí mismo y considere lo que hace cuando *piensa, opina, razona, espera, teme*, etc., y porqué razones, podrá leer y saber, por consiguiente, cuáles son los pensamientos y pasiones de los demás hombres en ocasiones parecidas. Me refiero a la similitud de aquellas pasiones que son las mismas en todos los hombres: deseo, temor, esperanza, etc.; no la semejanza entre los objetos de las pasiones, que son las cosas deseadas, temidas, esperadas, etc. [...] y aunque, a veces, por las acciones de los hombres descubrimos sus designios, dejar de compararlos con nuestros propios anhelos y de advertir todas las circunstancias que pueden alterarlos, equivale a descifrar sin clave y exponerse al error, por exceso de confianza o de desconfianza, según que el individuo que lee sea un hombre bueno o malo”<sup>6</sup>.

Por consiguiente, el hombre no conoce a los otros y al mundo exterior sino a través de su propio reflejo. Él se constituye en la medida del otro y de lo otro<sup>7</sup>. Esta premisa no exige, según Hobbes, la consideración de ningún principio universalmente establecido, sino exclusivamente de la rigurosa observación<sup>8</sup> de lo que los hombres conocen o pueden conocer por su propia experiencia<sup>9</sup>. La conclusión de la premisa hobbesiana no admite otra demostración.

<sup>3</sup> Hobbes, Tomás. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. 6ª ed. México: Fondo de Cultura Económica; 1994. p. 4.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.5.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p.4.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Protágoras, gran sofista griego, se había anticipado al planteamiento hobbesiano al establecer que los hombres se constituyen en la medida de todas las cosas. Esta premisa fundamental, esgrimida por el Sofista, rebatió a Sócrates, quien aparece por primera vez derrotado en los diálogos platónicos. PLATÓN. *Protágoras o el Sofista, Teetetes o de la ciencia*. México: Porrúa; 1978.

<sup>8</sup> Hobbes, Tomás. *Elementos de derecho natural y político*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales; 1979. p. 99-100.

<sup>9</sup> Hobbes. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 5.

La segunda vía de comprensión de la naturaleza humana, se logra a partir del conocimiento de los principios generales de la física mecanicista y, a través de ésta, de la teoría general del movimiento aplicada al hombre como resultado de la materia y del movimiento que le anima<sup>10</sup>. En otros términos: Hobbes no reconoce más realidad que los cuerpos a los que aplica de manera inflexible los principios de la física, en particular, la teoría del movimiento de Galileo.

Guillermo Fraile, explica la teoría corporalista admitida por Hobbes, en los siguientes términos:

No hay más realidad que los cuerpos. Cuerpo es todo lo sensible y experimentable, lo componible y divisible, lo que puede sumar o restar. Los cuerpos son la única sustancia real, y el movimiento es la única explicación de los fenómenos naturales. Los cuerpos y el movimiento bastan para explicar todos los fenómenos y todas las cosas. Lo que llamamos espíritu no es más que un resultado o una manifestación de los movimientos corpóreos<sup>11</sup>.

Para Hobbes la filosofía tiene por objeto todo cuerpo que se forma y posee alguna cualidad. Fuera de los cuerpos no existe ciencia real. Lo suprasensible no entra en la ciencia. Los espíritus pueden ser objetos de fe, pero no de ciencia. Dios, por ende, queda excluido del campo de la filosofía, porque, siendo eterno, no puede formarse, esto es, componerse ni dividirse. Lo mismo sucede con los ángeles y las almas. O son vanas imágenes, como las que se ve en sueños, o son incorpóreos, lo cual indica que no son sustancias, porque toda sustancia es cuerpo<sup>12</sup>.

El movimiento del cuerpo hace del mismo un cuerpo *animado* y, si al mismo tiempo habla, se percibe como un *cuerpo animal racional*, es decir, *un hombre*. De esta manera, van agregándose lógicamente las propiedades distintivas y genéricas del

<sup>10</sup> En términos de Vallespín, a Hobbes se le reconoce haber intentado fundamentar el estudio de la política en el nuevo método mecanicista de la ciencia natural moderna. “En este sentido, al menos para la interpretación convencional, la obra hobbesiana se halla gobernada por un sistema filosófico unitario anclado en los presupuestos de la nueva ciencia. [...] Filosofía y ciencia no van a concebirse así como saberes separados, y no hay por qué pensar que Hobbes pretendiera otra cosa cuando —como en el *Leviatán*— se ocupa esencialmente de una de sus partes —la filosofía civil— en este caso”. Vallespín, Fernando, et al. *Tomás Hobbes y la teoría política de la revolución inglesa*. En: *Historia de la teoría política*, 2. Estado y teoría política moderna. Madrid: Alianza; 1994. p. 267-268.

La interpretación convencional, admitida por Vallespín, es cuestionada por Leo Strauss, bajo el entendido de que Hobbes, era consciente de las diferencias fundamentales entre Filosofía política y Ciencia natural, en cuanto a su contenido y método. “La filosofía política es independiente de la ciencia natural porque sus principios no son tomados de ésta, ni, de hecho, de ciencia alguna, sino que son provistos por la experiencia que cada uno tiene de sí mismo”. STRAUSS, Op. cit., p. 28.

<sup>11</sup> Fraile, Guillermo. *Tomás Hobbes*. En: *Historia de la Filosofía III: del Humanismo a la Ilustración*. Madrid: BAC; 1978. p. 724.

<sup>12</sup> *Ibid.*

animal racional. Y, a la inversa, si se sustraen las propiedades de animal y racional, sólo resta un *cuerpo*<sup>13</sup>.

El hombre es para Hobbes, un agregado de materia en movimiento, que participa de ciertas características *ontológicas*, diferenciables de otros cuerpos. Es un receptor de estímulos externos que conoce a través de los órganos propios de cada sensación, ya sea de modo inmediato, como en el gusto o en el tacto, o mediatamente como en la vista, el oído y el olfato —tal como lo había propuesto Aristóteles en oposición a Platón<sup>14</sup>—.

La sensación es el principio del conocimiento. De ella deriva todo saber. Los sentidos son la puerta que permiten la invasión del mundo exterior al mundo íntimo del animal racional: “No existe ninguna concepción en el intelecto humano que antes no haya sido recibida, totalmente o en parte, por los órganos de los sentidos. Todo lo demás deriva de ese elemento primordial”<sup>15</sup>.

Las sensaciones obtenidas como resultado del influjo en los sentidos, hacen tránsito por medio de los nervios y otras fibras y membranas del cuerpo, hasta adentrarse al cerebro y al corazón<sup>16</sup> causando allí una resistencia, reacción o esfuerzo del corazón para libertarse: esfuerzo que dirigido hacia el exterior, parece ser algo externo<sup>17</sup>. Esta *fantasía* o *apariencia* se denomina *sensación*, y consiste en una luz o color figurado para el ojo; en un sonido para el oído, en un olor para la pituitaria, en un sabor para la lengua o el paladar; en calor, frío, dureza, suavidad para el resto del cuerpo. El hombre hobbesiano es absoluta e irredimiblemente un hombre sintiente, sensual.

Todas estas cualidades sensibles, señala Hobbes, no son más que distintos movimientos en la materia, mediante los cuales actúa sobre los órganos sensoriales.

<sup>13</sup> Idéntico procedimiento de adición y sustracción puede aplicarse a todas las realidades naturales o artificiales: Leyes, política, hombre, Estado, espacio, tiempo, movimiento, figuras.

<sup>14</sup> De acuerdo con Aristóteles, la sensación produce alteración en el individuo, porque es una sensación de los objetos exteriores en el individuo. La sensación sólo existe en *potencia* y no en *acto*, debido a que los sentidos son activados cuando el mundo exterior ejerce su influjo sobre ellos. Tales sensaciones se arraigan en el alma de la cual se desprenden las pasiones: enojo, molestias, venganza, disgusto, salud, riqueza, amigo, arte, ciencia, apetito.

<sup>15</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Op. cit., p. 6.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 6-7. Puede afirmarse que en la teoría hobbesiana, el corazón representa tanto en el cuerpo artificial —Leviatán—, como en el cuerpo natural —animal racional: hombre— el miembro fundamental, — incluso por encima del cerebro— que produce vida y muerte. En el primero simboliza la *soberanía*, en el segundo, el colmo de placer y dolor.

<sup>17</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Op. cit., p. 7. Hobbes, Tomás. *Elementos de derecho natural y político*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales; 1979. p. 141-142.

Cuando el hombre es influido por ese efecto no hay tampoco otra cosa sino movimiento, “porque el movimiento no produce otra cosa que movimiento”<sup>18</sup>.

Significa lo anterior, que todo cuerpo natural —vg. hombre: animal y racional—, artificial —vg. Leviatán— estará sujeto a un continuo, incesante, permanente y eterno movimiento, que no cesará sino hasta su extinción, a menos que algo lo detenga paulatinamente: “[así como acontece con] el agua, cuando el viento cesa, las olas continúan batiendo durante un espacio de tiempo, así ocurre con el movimiento que tiene lugar en las partes internas del hombre, cuando ve, sueña, etc.”<sup>19</sup>, “[...] aunque la sensación haya pasado, la imagen o concepción permanece; pero más confusamente cuando estamos despiertos porque un objeto u otro se presenta continuamente y atrae nuestros ojos y oídos, manteniendo la mente con un movimiento más fuerte, mientras el más débil no aparece fácilmente”<sup>20</sup>.

El cerebro procesa las sensaciones que son producto de los influjos sensoriales, y los convierte en representaciones (*fantasmas*), que puede conservar a manera de huellas debilitadas, y reproducirlas por medio de la imaginación, que es una percepción oscura y confusa, una sensación debilitada, aunque continua, que representa los fantasmas en cuanto presentes en el tiempo; o por medio de la memoria, que los representa en cuanto ausentes o pasados en el tiempo.

Tiempo, espacio, órganos sensitivos y memoria son imprescindibles: no pueden percibirse las cosas sin el fluir del instante, es decir, sin el tiempo. Para percibir el tiempo, hace falta la memoria. Así mismo, se requiere del espacio aunque lleno o vacío, pues un objeto aislado al órgano sensorial, no podrá ser conocido, guardado, ni organizado como fantasma en la memoria.

<sup>18</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 7. Esta conclusión, había sido advertida por Sócrates a Teetetes en los siguientes términos: “[...] el reposo pudre y pierde todo [...] el movimiento produce el efecto contrario [...] por la cadena de oro de que habla Homero, no entiende ni designa otra cosa que el sol, porque mientras que éste y los cielos se muevan circularmente, todo existe, todo se mantiene, al paso que si esta revolución llegara a detenerse y a verse en cierta manera encadenada, todas las cosas perecerían [...] Todo es movimiento en el universo y no hay nada más. El movimiento es de dos clases, ambas infinitas en su número, pero en cuanto a su naturaleza una es activa y otra es pasiva, de su concurso y de su contacto mutuo se forman producciones infinitas en número, divididas en dos clases, la una de lo sensible, la otra de la sensación, que coincide siempre con lo sensible y es engendrada al mismo tiempo. Las sensaciones son conocidas con los nombres de vista, oído, olfato, gusto, tacto, frío, caliente, y aún placer, dolor, temor, dejando a un lado otras muchas que no tienen nombre o que tienen uno mismo. La clase de cosas sensibles es producido al mismo tiempo que las sensaciones correspondientes, los colores de todas clases corresponden a visiones de todas clases: sonidos diversos son relativos a diversas afecciones del oído, y las demás cosas sensibles a las sensaciones. [...] fíjate en la conclusión a la que conduce. Significa que todo está en movimiento. PLATÓN. *Teetetes o de la Ciencia*. México: Porrúa; 1978. p. 304-307.

<sup>19</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 9.

<sup>20</sup> HOBBS. *Elementos de derecho natural y político*. Op. cit., p. 111.

Ahora, el movimiento de los cuerpos según su naturaleza, puede ser activo o pasivo, lento o rápido, pero siempre en movimiento como Ley universal. El reposo o debilitación de las sensaciones en el hombre, no indica, por lo tanto, la negación del movimiento: “más bien es una obnubilación de ese movimiento, algo análogo a como la luz del sol oscurece la de las estrellas. En efecto: las estrellas no ejercen menos en el día que por la noche la virtud que las hace visibles”<sup>21</sup>.

En consecuencia, sólo lo que acontece en el cuerpo es real. El hombre hobbesiano es un hombre mecanicista, es una máquina de movimiento perfectamente articulada; eternamente sensual; sujeta a continuos influjos del universo exterior, conocidos a través de los órganos sensitivos, transformados en sensaciones, que recorren el íntimo universo individual de cerebro a corazón, encargado de procesar la información proveída por los sentidos. Luego, estas informaciones son transformadas en representaciones, apariencias o fantasías. Finalmente el hombre percibe una fantasía elaborada por el cerebro, de manera que los fenómenos mentales son meras apariencias provocadas por el cuerpo material.

## 2. EL HOMBRE: ENTRE LA PASIÓN Y LA RAZÓN

### 2.1 La mecánica de las pasiones y acciones hobbesianas: el movimiento vital entre el placer y el dolor

Las sensaciones, tal como se indicó en el acápite anterior, son resultado de los influjos exteriores que actúan sobre los órganos sensitivos del cuerpo. Las sensaciones son causa de *placer* o de *dolor*. El movimiento, mediante el influjo de la imaginación, produce en el alma dos clases de efectos: *pasiones* y *acciones*. Las pasiones son reacciones incompletas que permanecen en el interior<sup>22</sup>, son movimientos o agitaciones del cerebro que se transmiten al corazón<sup>23</sup>. Las acciones se

<sup>21</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 11.

<sup>22</sup> Ver al respecto: FRAILE. Op. cit., p. 733.

<sup>23</sup> HOBBS. *Elementos de derecho natural y político*. Op. cit., p. 172. Existe una estrecha coincidencia entre Hobbes y Descartes, en lo que refiere al significado de pasión. En la correspondencia enviada por Descartes a Elizabeth el 06 de octubre de 1645, éste define la pasión como “todos los pensamientos que son excitados de ese modo en el alma sin el concurso de su voluntad, y por consiguiente, sin ninguna acción que provenga de ella, sólo por las impresiones que están en el cerebro, pues todo lo que no es acción es pasión”. Descartes, René. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Sudamericana; 1967. p. 347-348.

A Héctor Pierre Chanut, el 1º de febrero de 1647, le enumera las cuatro pasiones principales: alegría, amor (el cual puede ser de benevolencia o concupiscencia), odio y tristeza. Según él, estas pasiones “han sido las primeras en nosotros y las únicas que hemos tenido al nacer; [...] y no han sido más que sentimientos o pensamientos muy confusos porque el alma estaba tan sujeta a la ametría que no podía todavía dedicarse a otra cosa sino a recibir las diversas impresiones de aquella”. DESCARTES. Op. cit., p. 455.

entienden como una reacción o rebote completo del movimiento en el alma, que emerge hacia el mundo exterior, a través de ciertos movimientos como hablar, andar, moverse, etc.

**Las pasiones.** La permanencia de las pasiones en el cuerpo del hombre no encuentran fijación, al contrario, transitan del interior de la cabeza al corazón, donde necesariamente deben ayudar o estorbar a ese movimiento que Hobbes denomina como *movimiento vital*<sup>24</sup>. Éste es el movimiento continuo de la sangre por las venas y las arterias, que puede verse alterado por una cadena causal o por una única causa, que produzca el debilitamiento o acrecentamiento del impulso vital y, en tanto actúa también sobre el corazón, esto sería suficiente para producir el efecto sobreviviente de placer o dolor.

En términos de este sistema universal, tal como lo concibe Hobbes, ningún instante de la vida podría privarse de dolor o de placer<sup>25</sup>. Sólo la cesación de la vida detiene el movimiento vital, y con éste el placer o el dolor. El placer y el dolor, son dos enemigos mutuos de la cadena que gobierna al hombre.

El movimiento específico presente en el hombre reside precisamente en su intento de conservar la potencia vital, evitando ser detenido por medio de un impulso dialéctico de atracción de lo deleitoso y, repulsión de lo corrupto<sup>26</sup>. En otros términos, la vida del hombre se halla sujeta a batallar entre el placer y el dolor optando por la primera en vía de acrecentar su impulso vital.

<sup>24</sup> Ibid., p. 141.

<sup>25</sup> Idéntica concepción precede en Platón, para quien: “[...] el placer y el dolor no se encuentran nunca a un mismo tiempo, y sin embargo cuando se experimenta el uno, es preciso aceptar el otro, como si un lazo natural los hiciese inseparables. PLATÓN. Fedón o del alma. México: Porrúa; 1978. p. 389.

Así mismo para Aristóteles quien afirma que: “[...] el ser, que tiene sensibilidad, tiene también pena y placer, según que el objeto sea agradable o penoso; y los seres que tienen estas cualidades, tienen además el deseo, porque el deseo es el apetito de lo que causa placer”. ARISTÓTELES. Obras: Psicología, Tratado del alma. Tomo I. Madrid: Medina y navarro, s.f. p. 159- 160.

Para Descartes “El tránsito de una pasión a otra se realiza por medio de las pasiones próximas. A menudo, sin embargo, hay un tránsito más violento a partir de las pasiones contrarias: por ejemplo, si se anuncia bruscamente una noticia triste en un alegre festín”. DESCARTES. Op. cit., p. 20. “[...] pues viendo que el amor, por desordenado que sea, siempre tiene como objeto el bien, no me parece que pueda corromper tanto nuestras costumbres como hace el odio, que sólo se propone el mal [...] el odio siempre está acompañado de tristeza y pesar; y cualquiera que sea el placer que encuentre cierta clase de gente en hacer el mal a los demás, creo que su voluptuosidad es parecida a los demonios que, según nuestra religión, no dejan de estar condenados aunque se imaginen continuamente que se vengan de Dios al atormentar a los hombres en el infierno. Al contrario, el amor, por desordenado que sea, produce el placer. DESCARTES. Op. cit., p. 462.

<sup>26</sup> El movimiento dialéctico entre atracción y repulsión es similar al principio de la inercia de Galileo y la primera Ley del movimiento de Newton, según la cual, todo objeto en reposo tiende a permanecer en reposo, y un objeto en movimiento tiende a continuar moviéndose en línea recta, a no ser que actúe sobre ellos una fuerza externa.

Existen en los animales, según Hobbes, dos clases de mociones o movimientos peculiares a ellos, conducentes a conservar el impulso o movimiento vital. Las primeras, se denominan estrictamente *vitales*; comienzan en la generación, continúan sin interrupción alguna a través de la vida entera. Tales son: la *circulación* de la *sangre*, el *pulso*, la *respiración*, la *digestión*, la *nutrición*, la *excreción*, etc. Estas mociones o movimientos no requieren de la ayuda de la imaginación. Las segundas, a diferencia de las primeras, demandan de la imaginación, son *mociones animales*, con otro nombre, mociones *voluntarias*, como por ejemplo, *andar*, *hablar*, *mover* uno de los miembros, de modo que antes haya sido imaginado por la mente<sup>27</sup>.

Las mociones o movimientos animales, que habitan al interior del cuerpo, exigen *voluntad* y *acción* para ser ejecutados de manera exterior, en la marcha, en la lucha, en la conservación y en otras acciones perceptibles, que reciben el nombre de *esfuerzos*<sup>28</sup>. Este esfuerzo, cuando se dirige hacia algo que lo causa recibe en términos hobbesianos, el nombre de *apetito* o *deseo*; cuando el esfuerzo supone alejamiento, se denomina *aversión* si se refiere al desagrado actual y, *miedo*, cuando se refiere al futuro. Las nociones de *apetito* y *aversión*, suponen aproximación y alejamiento, atracción y repulsión respectivamente.

Cuando los objetos causan goce y por ende atracción, aumentando la vitalidad del cuerpo y del corazón, se denominan *agradables* o *placenteros*, y producen *deleite*, *contento* o *placer*. El deleite mismo con referencia al objeto se llama *amor*, y es producido por todo aquello que los órganos sensoriales asimilan como experiencias agradables, y que tienden a acercarse con mayor regularidad al objeto producto del placer, lo que se denomina *apetito*, mas cuando tal movimiento debilita o estorba al impulso vital, se llama *dolor* y, relacionado con la causa, *odio*<sup>29</sup>, y es provocado por sensaciones molestas, evitando el objeto de molestia, de desagrado, lo que se denomina *aversión*.

De este modo, el *placer*, el *amor*, el *apetito*, llamado también *deseo*, son nombres diversos para distintas consideraciones de la misma cosa, así como *aversión*, *miedo*, *dolor*, *odio*. Las diversas pasiones del hombre, pueden reducirse desde la teoría hobbesiana, a estos dos movimientos básicos: el placer o el amor, que es la tendencia al bien y el dolor u odio, repulsión al mal. Lo apetecido, como objeto

<sup>27</sup> HOBBS. Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Op. cit., p. 41.

<sup>28</sup> HOBBS. Elementos de derecho natural y político. Op. cit., p. 141. HOBBS. Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Op. cit., p. 41.

<sup>29</sup> Ibid., p. 142.

estimulante a la vitalidad del hombre, se vincula a la idea de *bien*, lo aborrecido y repulsivo, a la idea de *mal*<sup>30</sup>.

Placer o amor y dolor u odio, continentes de innumerables pasiones y de actuaciones incontables; algunas nombrables y otras innombrables, derivan a su vez, de un tronco común: el *honor*<sup>31</sup>, esto es, el *reconocimiento* que el hombre obtenga de su poder por parte de sus semejantes. Honrar, significa “admitir o reconocer que ese hombre posee superioridad o exceso de poder por encima de quien le trata o se compara con él”<sup>32</sup>.

El hombre hobbesiano es, pues, un hombre enormemente vanidoso, narcisista, que sustenta su superioridad sobre el reconocimiento que obtiene de los otros hombres, debiendo ser el más bello, vigoroso, valiente y heroico, persuasivo, rico, dadivoso, noble, sabio, fuerte, próspero. En el placer o desagrado que encuentran los hombres en los signos de honor o deshonor que se les hace, consiste según Hobbes, la naturaleza de las pasiones en particular.

De acuerdo a la teoría de las pasiones hobbesianas, las pasiones derivadas del placer se pueden agrupar de la siguiente manera: *gloria*, procede de la imaginación o de la concepción del propio poder por encima de los competidores; *valor*, es la ausencia de miedos ante cualquier peligro; *esperanza*, es la expectativa de un bien futuro; *confianza*, procede del crédito de aquel de quien se guarda o espera bien; *compasión*, es el dolor que causa una calamidad ajena; *emulación*, es la imitación positiva; *risa*, es el entusiasmo repentino; *sensualidad*, es el placer de los sentidos por un objeto presente; *amor*, es la necesidad que siente un hombre de la persona deseada; *caridad*, es la ayuda de otros hombres; *admiración*, es la alegría por la aprehensión de un novedad; *vergüenza*, es el pesar causado por el descubrimiento de cierto defecto de capacidad; *curiosidad*, es el deseo de saber el porqué y el cómo; *magnanimidad*, en el peligro de muerte o heridas; *liberalidad* es la magnanimidad en el uso de la riqueza.

Las pasiones derivadas del dolor, son: *humildad*, es la propia pobreza de espíritu aprobada por todos los demás; *vergüenza*, es el defecto o debilidad que humilla; *cólera*, es el apetito o deseo de superar una oposición momentánea; *venganza*, es la idea o esperanza de devolver a otro el daño recibido; *arrepentimiento*, es el conocimiento de que la acción realizada se aparta del fin a lograr, produce pena y al mismo tiempo alegría; *desesperación*, es la privación de la esperanza, siendo un

<sup>30</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 42. HOBBS. *Elementos de derecho natural y político*. Op. cit., p. 142.

<sup>31</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 151.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 150.

grado mismo de la *desconfianza*; *dureza*, es la opinión exagerada de que estamos exentos de padecer calamidades, o bien el odio a todos o la mayoría de los hombres; *indignación*, es la tristeza que sobreviene al conocer el éxito de una persona que se considera no lo merece; *envidia*, es el placer de imaginar la desgracia del rival; *llanto*, es la distorsión del rostro mediante lágrimas, producidas por una repentina sensación de debilidad o el súbito reconocimiento de un defecto; *pusilanimidad*, es la duda de conseguir poder<sup>33</sup>.

Las pasiones mencionadas permiten a Hobbes, anticipar con una admirable retórica —comparada con la de Aristóteles<sup>34</sup>— su teoría del poder y de la política. En efecto, parte de comparar la vida pasional del hombre con una carrera, en la que no existe otra meta ni recompensa que la de llegar primero, obteniendo el placer en contraposición al dolor, generando así, la anhelada potencia vital. En la carrera por el placer y el impulso vital:

Esforzarse, es apetito. Ser negligente, sensualidad. Anteponerse a otros, es gloria. Considerarse detrás de ellos, humildad. Perder terreno mirando atrás, vanagloria. Contenerse, odio. Retroceder, arrepentimiento. Estar animoso, esperanza. Desanimarse, desesperación. Esforzarse en sobrepasar al próximo, emulación. Suplantarlo o derribarlo, envidia. Decidirse a superar un obstáculo previsto, valor. Superar un obstáculo imprevisto, cólera. Superar un obstáculo con facilidad, magnanimidad. Perder terreno por pequeños percances, pusilanimidad. Caer repentinamente, disposición al llanto. Contemplar la caída de otro, disposición a la risa. Ver cómo sobrepasamos a otro contra nuestra voluntad, equivale a compasión. Verse indebidamente sobrepasado por otro, es indignación. Ser retenido estrechamente por otro, es amor. Llevar a otro de las riendas, caridad. Herirse por precipitación, vergüenza. Ser continuamente adelantado, humillación (misery). Adelantar siempre al que está delante, es felicidad. Y abandonar la carrera, morir<sup>35</sup>.

**Acciones.** Las pasiones son el principio motor de las acciones, que generan repulsión o deseo en el hombre. Ningún acto del hombre, a excepción de las mociones vitales, se halla exento del influjo de las pasiones. Éstas, entre placer y dolor, habitan simultánea y continuamente en el mismo cuerpo; luchando entre sí, con fin de obtener el bien apetecido o evitar el mal que se teme, así como en la carrera de la vida propuesta por Hobbes.

<sup>33</sup> Ibid., p. 154-169.

<sup>34</sup> Leo Strauss ha demostrado que Hobbes fue fuertemente influido por la *Retórica* de Aristóteles, donde éste alude a las pasiones del alma. Sostiene que Hobbes, no sólo transcribe pasajes paralelos de la *Retórica*, sino que expresa su deuda a la misma en temas, modos de presentación y aún en los detalles. STRAUSS. Op. cit., p. 57-73.

<sup>35</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 169.

Entre placer y dolor, la generalidad de hombres *desean* la primera. La experiencia y memoria del hombre adulto, expresa Hobbes, supone el movimiento incesante en la búsqueda de objetos placenteros, dudando y huyendo de aquellos que le despiertan dolor o incertidumbre respecto a la sensación de placer. La adaptación al medio natural le hace capaz para conocer lo que debe buscar y evitar, así como el uso de los órganos y miembros para huir y acercarse.

Cuando un hombre desea un objeto, ese mismo objeto determina su voluntad. De ahí que, la causa del querer no está en la misma voluntad, sino en el objeto que la determina a quererlo:

El apetito, el miedo, la esperanza y el resto de las pasiones no se llaman voluntarias; pues no proceden de la voluntad, sino que la constituyen, y la voluntad no es voluntaria. En efecto, un hombre no puede decir ni quiero querer, ni quiero querer querer, y repetir así infinitamente la palabra; lo cual es absurdo y carece de significado<sup>36</sup>.

No existe en Hobbes la libertad de indiferencia para el hombre, son los objetos que se contraponen en el mundo exterior, los que generan en aquél los sentimientos de atracción y repulsión, venciendo el más fuerte, y determinando así la voluntad. El hombre está en continuo movimiento, así mismo los objetos exteriores y, por ende, las pasiones que causan los mismos. Constante y eternamente se provocará el estímulo placentero y doloroso.

El hombre hobbesiano lucha incesantemente por obtener el objeto de deleite, que *determina* sus apetitos y deseos, con la esperanza de alimentar y saciar sus pasiones interiores, producidos por los estímulos exteriores. Para obtener las cosas objeto de deseo, se requiere de acciones de *poder*; concretadas en distintas formas: *reputación*, es poder, porque con ella se consigue la adhesión y afecto de quienes necesitan ser protegidos; *éxito*, es poder, porque da reputación de sabiduría o buena fortuna, lo cual hace que los hombres teman o confíen en él; *afabilidad* de los hombres que todavía están en el poder, es aumento de poder, porque engendra cariño<sup>37</sup>.

Estas acciones de poder, no son las mismas en todos los hombres, varían de acuerdo a la constitución del cuerpo y a la distinta educación<sup>38</sup>, unos requerirán un mayor o menor deseo de poder, de riqueza, de conocimiento y de honores, todo lo cual puede ser reducido a lo primero, es decir: al *afán de poder*. Porque las riquezas, el conocimiento y el honor no son sino diferentes espacios de poder<sup>39</sup>.

<sup>36</sup> Ibid., p. 189-190.

<sup>37</sup> Ibid., p. 69-71.

<sup>38</sup> Ibid., p. 59.

<sup>39</sup> Ibid., p. 59.

Independientemente de las diversas manifestaciones de acciones de poder en los hombres, éstas por sí mismas, se constituyen en la única vía para asegurar la consecución de los deseos placenteros en orden a estimular el impulso vital. En cuanto a los medios para obtener poder y por ende placer, señala Hobbes, cómo éstos difieren en cada hombre, de acuerdo a su consideración sobre lo bueno y lo malo y a sus propias pasiones y pensamientos humanos, que les orientan a seguir un camino, y a otros, otro; reteniendo y observando de modo diferente las cosas que pasan a través de la imaginación de los hombres<sup>40</sup>.

Sin embargo, el hombre se engaña desde la comprensión hobbesiana de las pasiones, pues la satisfacción de sus deleites a través del poder que conduce a la felicidad, es producto del eterno movimiento y alcanzarla es una utopía tan estéril como abocada al fracaso.

*El éxito continuo* en la obtención de aquellas cosas que un hombre desea de tiempo en tiempo, es decir, su perseverancia continua, es lo que los hombres llaman felicidad. Me refiero a la felicidad en esta vida; en efecto, no hay cosa que dé perpetua tranquilidad a la mente mientras vivamos aquí abajo, porque la vida raras veces es otra cosa que movimiento, y no puede darse sin deseo y sin temor, como no puede existir sin sensaciones<sup>41</sup>.

La felicidad, para Hobbes, no se agota en propósitos finales, pues la vida puede resultar tan insoportable para aquel cuyos deseos se hallan en estado de parálisis, como para aquel cuyos deseos están ya satisfechos: “no tener deseos es estar muerto”<sup>42</sup>, dormido, en reposo absoluto, donde los fantasmas pasionales cesarán de conspirar en el interior del hombre, que angustiado y desesperado en vigilia, se orienta a la búsqueda de un poder incontenible e incontrolable que le asegure la tranquilidad, la satisfacción y equilibrio de su cuerpo y mente.

Así como los deseos sólo hallan reposo a través de la muerte, como forma violenta de paralizar el movimiento, así mismo el deseo de poder cesará con el aniquilamiento del hombre: “De este modo señalo, en primer lugar, como inclinación general de la humanidad entera, un perpetuo e incesante afán de poder, que cesa solamente con la muerte”<sup>43</sup>, “Porque la naturaleza del poder es, en este punto, como ocurre con la fama, creciente a medida que avanza; o como el movimiento de los cuerpos pesados, que cuanto más progresan tanto más rápidamente lo hacen”<sup>44</sup>.

---

<sup>40</sup> Ibid., p. 55-56.

<sup>41</sup> Ibid., p. 50.

<sup>42</sup> Ibid., p. 59.

<sup>43</sup> Ibid., p. 79-80.

<sup>44</sup> Ibid., p. 69.

Argumentado de esta manera, es posible concluir que las pasiones de placer y dolor, ambas gemelas; la felicidad y el poder como medio de obtenerla, no cesarán jamás, estarán en permanente generación, cambiando, aumentando, disminuyendo, desapareciendo, regenerando y reposando. Satisfecho un apetito y por ende un instante de felicidad, aparecerá otro en forma diversa, y así sucesivamente, por lo que la felicidad nunca será obtenible y las acciones de poder aunque cada vez mayores fracasarán en su intento de conseguirla.

La felicidad es en Hobbes una cadena indefinida de deseos, en que la consecución de uno se constituye en el peldaño del otro y así repetidamente, exigiendo cada vez más acciones de poder, para obtener la pretendida felicidad. Por esta razón el poder adquirido jamás será suficiente para satisfacer la interminable cadena de apetitos, pues mientras el hombre viva, en el entendido hobbesiano, tendrá deseos y el deseo presupone un fin ulterior.

## **2.2 Estado de guerra o de dolor: entre la desesperante infelicidad y miedo al tiempo futuro**

De acuerdo con las premisas hobbesianas, es posible afirmar, entre otras cosas, que el hombre se halla eternamente sujeto a las pasiones placenteras y dolorosas, así como a las acciones de poder, requeridas para satisfacer el apetito de aquello que causa deleite. Placer, dolor y poder, no encuentran reposo sino movimiento, en consecuencia, el hombre será insaciablemente deseoso y exigirá paulatinamente un aumento de poder, que no cesará sino hasta su muerte, así como su anhelada felicidad.

El estado de guerra descrito por Hobbes, lejos de la lucha armada por el bien común objeto de deseo, representa el reino de instintos y de pasiones ilimitadas. El hombre batalla no sólo con sus semejantes por el placer del objeto competido y por su pretendido reconocimiento de poder respecto a los otros hombres, sino *consigo mismo* por la ansiedad y angustia que le produce la insatisfacción inagotable de sus deseos.

El hombre se representa en el estado de naturaleza, como un ser condenado a existir con las pasiones que transitan a su corazón, y que luchan, se extinguen, aparecen y renuevan íntima e interminablemente. La *desesperación* causada por la cadena inagotable de apetitos lo hace combativo, con la *esperanza* de obtener la tranquilidad de su mente perturbada y de su corazón insatisfecho. Las pasiones de amor y de odio, confluyen simultáneamente al mismo escenario de guerra, prevaleciendo las últimas sobre las primeras.

El hombre batallará, en el estado de guerra, por su equilibrio corporal a través de la guerra con otros hombres, aun a sabiendas de que la misma no será definitiva

pues deberá hacerlo nueva y perpetuamente por el objeto de deseo que requiere su propio estímulo vital cambiante. Los apetitos placenteros del hombre, lo arrastrarán eternamente a la competencia por el poder que le asegure la satisfacción de los mismos sin encontrar reposo mientras viva.

En semejante situación se hallarán los otros hombres, quienes dominados por la *esperanza*, combatirán por el mismo objeto de placer. La desafiada competencia genera la guerra, donde el dolor se muestra como el telón que habrá que desvelar para conquistar el amor, el deleite, el placer, el deseo. La preeminencia del dolor, con todas sus pasiones contenidas, se muestra como el escenario donde se desarrolla la existencia del hombre en estado de naturaleza.

Dispuestos a luchar por la felicidad y deseo de reconocimiento, inhibiendo el dolor propio del estado de guerra, los hombres utilizarán medios diversos para conquistar sus apetitos, “atacando”, “sojuzgando”, “repeliendo”, “suplantando”<sup>45</sup> a todo aquel que dispute el mismo banquete.

Cada uno busca su felicidad por las mismas cosas y el goce de los mismos bienes, prescindiendo de los demás, de aquí que cada uno se convierta para el otro en enemigo al cual procura destruir: *Homo homini lupus*. Cada hombre es para los demás un enemigo que le disputa el banquete de la vida.

Sin embargo, frente a este panorama de dolor y aniquilación colectiva, está proscribida toda forma de valoración. Los deseos y demás pasiones del hombre, “no son pecados”<sup>46</sup>; tampoco lo son las acciones que de las pasiones procedan, pues no existe la justicia o la injusticia, no existe la Ley, tampoco la maldad o bondad de los hombres.

La astucia, la competencia, la igualdad, el deseo ilimitado de colmar los apetitos, la búsqueda incesante por el poder, la utilización de diversas formas de ataque, la lucha de pasiones de todos los hombres, no sólo ponen en riesgo la satisfacción y alcance de deseos placenteros, sino incluso la preservación de la vida misma. El hombre aturdido por las pasiones dolorosas que colman su existencia en el estado

<sup>45</sup> Ibid., p. 80.

<sup>46</sup> Ibid., p. 103. Al respecto indica Hobbes: “[...] pero que los hombres sean malos por la naturaleza no se sigue de mi principio [...] porque aunque por naturaleza, esto es, desde su nacimiento, por nacer animales, inmediatamente deseen todo lo que agrada y hagan lo posible, ante los males inminentes, por huir con miedo por rechazarlos con ira, no por ello se les suele tener por malos; ya que las afecciones del ánimo que provienen de la naturaleza animal no son en sí malas, pero a veces las acciones que de ellas provienen, a saber, cuando son nocivas y contrarias al deber [...] Pues a menos que se diga que los hombres han sido hechos por la naturaleza malos por el hecho de que no tengan por naturaleza la educación ni el uso de la razón, se deberá reconocer que los hombres tienen pasiones, miedo, ira y demás afecciones animales por naturaleza sin que, a pesar de ello, sean por naturaleza malos. HOBBS, Tomás. Tratado sobre el ciudadano. Op. cit., p. 8-9.

de guerra, deberá competir por la *carrera de la vida* aludida por Hobbes: “adelantar siempre al que está delante, es felicidad. Y abandonar la carrera, morir”<sup>47</sup>.

Pero al igual que sucede con el movimiento de las pasiones y las acciones de pasiones, con la felicidad y el poder, la victoria obtenida en la batalla es momentánea, no perdura, pues el hombre deseará mayor poder y luchará nuevamente así como los demás hombres quienes disputarán y triunfarán, estos a su vez serán derrotados y así continuamente.

La guerra por la felicidad y por la conservación tanto del género humano como de cada hombre es perpetua: “es perpetuo por su misma naturaleza lo que, por la igualdad de los combatientes, no puede terminar con ninguna victoria; ya que a los vencedores les acecha el peligro, de tal forma que habría que tener por milagro el que alguno, por muy fuerte que fuera, muriera en avanzada vejez”<sup>48</sup>.

La conservación de la vida y el tiempo, en el estado de guerra, son dos elementos de espanto continuo para el hombre. El tiempo así como los cuerpos, se encuentra sujeto al movimiento, no es un tiempo “parmenídeo”, siempre igual a sí mismo, que no cambia ni se agota, al contrario, es un tiempo en movimiento, heterogéneo, cambiante. El presente no existe para el hombre en el estado de guerra o de dolor, éste se representa con suma de ayeres, de pasados que provocan grave nostalgia en el hombre, por el instante de felicidad que ha perdido. El futuro, se avizora como el temor continuo producto de los acontecimientos pasados: la lucha por el poder, la felicidad, el reconocimiento y la vida.

La reflexión por el porvenir conduce al hombre a inquirir por las causas de las cosas<sup>49</sup>, convirtiéndole en un ser anhelante y temeroso, dada su condición de dolor en el estado de guerra. Al respecto Hobbes señala “cuando se está seguro de que existen causas para todas las cosas que han sucedido o van a suceder, es imposible para un hombre, que continuamente se propone asegurarse a sí mismo contra el mal que teme y procurarse el bien que desea, no estar en perpetuo anhelo del tiempo por venir”<sup>50</sup>.

El tiempo y la vida del hombre en el estado de naturaleza, son perfectamente ejemplificados por Hobbes, a través de la figura de Prometeo a quien Zeus hizo encadenar a una roca en el Cáucaso, mientras un águila se alimentaba de sus entrañas, devorando en el día lo que era restituido por la noche. Así mismo, señala el

<sup>47</sup> HOBBS. Elementos de derecho natural y político. Op. cit., p. 168.

<sup>48</sup> HOBBS. Tratado sobre el ciudadano. Op. cit., p. 20.

<sup>49</sup> HOBBS. Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Op. cit., p. 18.

<sup>50</sup> Ibid., p. 88.

pensador inglés, “el hombre que avizora muy lejos de sí, preocupado por el tiempo futuro, tiene su corazón durante el día entero amenazado por el temor de la muerte, de la pobreza y de otras calamidades, y no goza de reposo ni paz por su ansiedad, sino en el sueño”<sup>51</sup>.

Por consiguiente, el estado de naturaleza, de guerra o mejor llamado de dolor, provoca en el hombre ciertas pasiones de tristeza que hacen decrecer el impulso vital. El estado de guerra descrito por Hobbes, figura un espacio que excita un tremendo horror, en que el hombre se halla sometido a la perpetua lucha con los otros hombres por los objetos de placer que conducen a la felicidad y estimulan el impulso vital; en el que se encuentra tremendamente cansado por el éxito momentáneo de la victoria, por el peligro para la vida que precede al triunfo, por la nostalgia del tiempo pasado y el recuerdo placentero de las experiencias vividas y, temeroso, horrendamente temeroso por el futuro en que fácilmente perderá su vida arrastrado por el determinismo incansable de sus pasiones.

### 2.3 La mecánica de la razón hobbesiana: del cuerpo animal y racional: hombre, al cuerpo artificial: leviatán

El amor —placer, deleite—, se constituye en el *fin último* del hombre, para salvaguardar la condición de miseria producida por el estado de guerra. Como un cuerpo enfermo<sup>52</sup>, asechado por el dolor que causa la lucha interna de sus pasiones, la incontenible insatisfacción de sus apetitos, la guerra permanente con los otros hombres por el objeto deseado; el hombre necesita una salida que le permita lograr el equilibrio de las pasiones discordantes que se manifiestan permanentemente en su corazón; entre las sensaciones dolorosas y placenteras que lo acompañan íntimamente.

Penoso y fatigado por su esfuerzo en el estado de guerra para obtener los apetitos requeridos, frecuentemente amenazado en su vida e integridad personal por sus congéneres, la razón<sup>53</sup> le ordena al hombre superar el estado de barbarie y de dis-

<sup>51</sup> Ibid., p. 88.

<sup>52</sup> Al respecto, es posible comparar el cuerpo “enfermo” de la política hobbesiana, con el descrito por Eriximaco en el Banquete de Platón, donde el *amor* se convierte en la Idea que sana y armoniza lo discordante. En Hobbes, es la Ley de la naturaleza y luego la instauración del gran dios mortal el que permite lograr el equilibrio del animal racional.

<sup>53</sup> Luego de la descripción hobbesiana sobre el estado de guerra, en que las acciones son movidas por las pasiones, aparece como un *chispazo* la razón en el hombre hobbesiano. A propósito expresa Carl Schmitt: “[...] el terror del Estado de naturaleza hace que los hombres, poseídos por el miedo, se reúnan; su miedo aumenta hasta el extremo; resplandece una chispa de la razón y de improviso se levanta ante nosotros el nuevo Dios”. Schmitt, Carl. *El Leviatán en la doctrina del estado de Thomas Hobbes*. México: Universidad Autónoma Metropolitana; 1997. p. 74.

placer. Las pasiones de dolor y placer unidas a la razón, a través de una estrategia concertada, convienen liberar al hombre del estado miserable de dolor. En el mismo sentido lo indica Hobbes: [...] esa miserable condición en que [...] se encuentra por obra de la simple naturaleza, si bien tiene una cierta posibilidad de superar ese estado, en parte por sus pasiones, en parte por su razón<sup>54</sup>.

Las pasiones de dolor, en especial, de aversión a la muerte aunada a las pasiones de placer, alarman a la razón humana, que a partir de un ejercicio de “adición” y “sustracción”<sup>55</sup> de las causas y consecuencias de la guerra, *descubre las Leyes de la naturaleza*:

Las pasiones que inclinan a los hombres a la paz son el temor a la muerte, el deseo de las cosas que son necesarias para una vida confortable, y la esperanza de obtenerlas por medio del trabajo. La razón sugiere adecuadas normas de paz, a las cuales pueden llegar los hombres por mutuo consenso. Estas normas son las que, por otra parte, se llaman Leyes de la naturaleza<sup>56</sup>.

El caos permanente en el estado de guerra, provocado por el combate del hombre consigo mismo y sus congéneres, repugna según Hobbes, con la recta razón, y lo que va en detrimento de la misma, se hace contra derecho, esto es, contradice alguna verdad obtenida de principios verdaderos establecidos mediante un raciocinio correcto<sup>57</sup>. Es la Ley natural, según él, una cierta recta razón que (al formar parte de la naturaleza humana, no menos que cualquier otra facultad o afección del ánimo), se llama también natural<sup>58</sup>; es “un dictamen de la recta razón acerca de lo que se ha de hacer u omitir para la conservación, a ser posible duradera, de la vida y de los miembros”<sup>59</sup>.

<sup>54</sup> HOBBS. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Op. cit., p. 104.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>57</sup> HOBBS. *Tratado sobre el ciudadano*. Op. cit., p. 23.

<sup>58</sup> Hobbes entiende por recta razón en el estado natural de los hombres, “no una facultad infalible, como hacen muchos, sino el acto de razonar, esto es, el raciocinio propio de cada uno y verdadero en lo que se refiere a las propias acciones, que pueden redundar en beneficio o en daño de los demás hombres. Digo propio porque aunque en la sociedad civil la razón de la misma sociedad, esto es, la Ley civil, haya de ser tenida como justa por todos y cada uno de los ciudadanos, sin embargo, fuera de esa sociedad, donde nadie puede discernir la recta de la falsa razón a no ser comparándola con la suya, se ha de juzgar la propia razón como medida de la ajena, no sólo respecto a las propias acciones, que se realizan por cuenta y riesgo de cada uno, sino también en las que se realizan por cuenta de los demás. Digo verdadero, esto es, que se deduce de principios verdaderos y rectamente contruidos. Ya que toda violación de la Ley natural consiste en el raciocinio falso o en la necesidad de los hombres que no ven que sus obligaciones para con los demás son necesarias para la propia conservación”. *Ibid.* p. 23.

<sup>59</sup> *Ibid.*

La Ley natural es definida en el Leviatán, como “un precepto o norma general establecida por la razón, en virtud de la cual se prohíbe a un hombre hacer lo que puede destruir su vida o privarle de los medios de conservarla; o bien, omitir aquello mediante lo cual piensa que pueda quedar su vida mejor preservada”<sup>60</sup>.

Por ende, la razón se mecaniza a partir de las Leyes de la naturaleza, al limitarse a cumplir una función informativa o inferencial (de causas a efectos), al servicio del bien mayor para el hombre: la vida. Hobbes, considera que el hombre puede superar las sensaciones de dolor, producidas por sus iguales en el estado de guerra, mediante el acatamiento a las Leyes de la naturaleza, que le conducen a la paz, y por ende al reposo de su vida.

De lo dicho, se deduce que Hobbes considera al hombre como una sustancia compuesta de pasión y razón. En el estado de guerra que conduce a la sociedad civil, el hombre, según el pensador inglés, se halla dominado por la fuerza de sus pasiones; y sin embargo, es al mismo tiempo racional y está sometido a las normas de la recta razón o sea al raciocinio propio y verdadero que cada hombre realiza sobre sus propias acciones, en cuanto que pueden serle útiles o perjudiciales para sí mismo o para otros hombres. Y ante los horrores del estado de naturaleza, la recta razón le impone la salida y el paso al Estado civil.

Ahora, el imperativo de conservar la vida como dictado por la recta razón, unido al afán de tranquilidad y de placeres sensuales y de inhibición de dolores y miedos producto de las pasiones humanas, dispone a los hombres, según Hobbes, a obedecer a un poder común<sup>61</sup>, porque tales deseos les hacen renunciar a la protección que cabe esperar de su propio esfuerzo o afán.

La esperanza y el temor son las pasiones que causan todas las acciones humanas, así como de la constitución del gran dios mortal Leviatán, cuerpo artificial, constituido por la voluntad de todos los hombres menesterosos de seguridad, placer y tranquilidad para sus vidas. En palabras de Schmitt: “El Leviatán no fue otra cosa que una gran máquina, un mecanismo gigantesco al servicio de la seguridad de la existencia física terrenal, de los hombres que él domina y protege”<sup>62</sup>.

El Leviatán de Hobbes, es el Dios-hombre extendido; animal y máquina, gigante, artificial, poseedor de las mismas apetencias y patologías que ostenta el cuerpo humano, pero de forma ampliada y gigantesca. También posee cabeza, venas, arterias y corazón. Requiere del mismo impulso o potencia vital que exige el cuerpo

<sup>60</sup> HOBBS. Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Op. cit., p. 106.

<sup>61</sup> Ibid., p. 80.

<sup>62</sup> SCHMITT. Op. cit., p. 79.

humano, y que en su caso se traduce en la obediencia incondicionada de los cuerpos humanos que lo componen.

El dios mortal puede mandar, ejercer poder y autoridad, castigar, tener voluntad, razón y voz. Pero ¿puede acaso satisfacer las inagotables pasiones apetitosas de los hombres, inhibiendo su dolor frente al fracaso?, ¿el Leviatán acaso se instaura, exclusivamente, para proteger la vida de aquellos que, determinados por sus pasiones, se arrastran a la consecución de los mismos, sin satisfacer las demás pasiones humanas?

La satisfacción de los apetitos del hombre y la anulación de los dolores, nunca es lograda a través de los beneficios obtenidos viviendo en un Estado. Ni la paz, ni los artículos proporcionados por una sociedad de mercado pueden satisfacer totalmente el deseo infinito del hombre hobbesiano. El hombre está condenado eternamente al acecho incesante del deseo, que reproduce en la mente del hombre los fantasmas que le orientan, y de los cuales no podrá libertarse más que con la muerte.

La respuesta a las preguntas planteadas, exigen pensar el hombre apetitoso y temeroso, en la profundidad del Estado civil propuesto por el pensador inglés. Es imperioso desvelar lo ocurrido con el hombre y sus pasiones dentro de la sociedad civil, máxime cuando las mismas son la fuente generadora de la guerra.

Siendo las pasiones las manifestaciones humanas, que constituyen el *conatus* que anima todas las cosas –el movimiento primario de todo animal–, puede afirmarse que las pasiones humanas son anteriores al estado civil e incluso al estado natural. Así las cosas, aquellas no se desvanecen mágicamente por el acaecimiento de las Leyes de la naturaleza y por el establecimiento del dios Leviatán, al contrario, permanecen espionando de día y de noche al hombre.

Ante la presencia de las pasiones en la sociedad civil, se exige el reposo de las mismas, en orden a conservar la vida. Así como la recta razón obliga al hombre a abandonar la condición miserable del estado de guerra, así mismo, la Ley civil detiene violentamente el movimiento de las pasiones, sometiendo al hombre en absoluto reposo. La Ley civil se expresa mediante el castigo que reprime las acciones pasionales del hombre hobbesiano, pues las pasiones como tal son incontenibles.

Hobbes define las Leyes civiles como las *cadena*s artificiales<sup>63</sup> que los mismos hombres por pactos mutuos han fijado fuertemente, en un extremo, a los labios de aquel poder soberano; y por el otro extremo, a sus propios oídos. La Ley prohíbe y el castigo reprime todas aquellas pasiones que atenten contra la seguridad del Estado y sus súbditos.

<sup>63</sup> HOBBS. Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Op. cit., p. 172.

El derecho a castigar se constituye, así, en el fundamento necesario para el movimiento vital del Estado, permitiéndole anular las acciones provenientes de las pasiones humanas, que debilitan su corazón, es decir, su soberanía. Las pasiones humanas, como mociones animales son incontenibles e incontrolables, dominan al Hombre, y por ello el pacto constitutivo del Estado debe ser mediado por la espada: “sin la espada, los pactos no son sino palabras, y carecen de fuerza para asegurar en absoluto a un Hombre”<sup>64</sup>, “cuando no existe poder visible que los tenga [a los Hombres] a raya, y los sujete, por temor al castigo, a la realización de sus pactos y a la observancia de las Leyes de la naturaleza”<sup>65</sup>.

De esta manera, el temor a morir violentamente por designio de otro hombre se transforma en temor a un poder autorizado a castigar las transgresiones a la Ley. Con ello disminuyen tanto la extensión como la intensidad del temor: la extensión porque sólo el actual o potencial transgresor de la Ley se vería amenazado; la intensidad, porque el mal sería proporcionado a la magnitud de la ofensa.

El Leviatán se irroga, por ende, un poder coercitivo que a través de la Ley, es decir, de lo permitido y prohibido, ofrece una seguridad razonable para los que han suscrito el pacto, permitiendo mantener a salvo el corazón del dios mortal y de la vida de los hombres. Al respecto señala Hobbes: “donde no existe poder coercitivo, no existe temor, la voluntad de la mayoría de los Hombres seguirá sus pasiones de codicia, sensualidad, cólera y similares, hasta el punto de romper esos convenios; de modo que el resto, que en otro supuesto lo respetaría, quedará en libertad y no tendrá más Ley que la suya propia”<sup>66</sup>.

En definitiva, el dios mortal no produce la vida feliz anhelada por los hombres, sólo reprime a través de la Ley y del castigo toda acción que pueda derivarse de las pasiones, con el propósito de libertar al hombre de su propia anulación y la de sus congéneres. El Leviatán permanece vigilante de día y de noche, esperando detener violentamente a través de la Ley y el castigo, el movimiento pasional del hombre.

## CONCLUSIONES

El hombre es presentado por Hobbes como un ser anhelante de felicidad. Su aversión al dolor y la búsqueda permanente del placer le aseguran una vida confortable, que en el entendido del pensador inglés, es una utopía tan estéril como inalcanzable.

<sup>64</sup> Ibid.

<sup>65</sup> Op. cit., p. 137.

<sup>66</sup> HOBBS. Elementos de derecho natural y político. Op. cit., p. 258.

Exhausto de luchar con sus congéneres en el estado de guerra, halla la salida a través de la presencia intempestiva de su razón, que le obliga a cesar en la lucha por la felicidad, dado el peligro que enfrenta para su propia vida. La razón le enseña al hombre, según Hobbes, que sus medios para conservar la vida y para disfrutar de la tranquilidad de su mente, son inalcanzables a través de sus propios medios, debiendo pactar con los otros hombres la constitución de la gran máquina estatal.

Sin duda, el Leviatán se presenta como la salida a la conservación de la vida física, pero no de la vida feliz y placentera. El hombre se halla aterrorizado de la gran máquina de poder, que le observa y le reprime todo movimiento animal, con el fin de asegurar su reposo. El movimiento de las pasiones, desde la comprensión hobbesiana genera una interminable lucha interna en el hombre, así como externa con los demás hombres. Movimiento que no cesará sino hasta la muerte, o en vida con la Ley y el castigo.

Reprimir la inevitable condición humana y su propensión a lo placentero, en búsqueda por la paz, exige un inconmensurable poder del Estado, que sólo logrará éxito a partir de la difusión del dolor ocasionado por el castigo. En el estado civil, nuevamente aparece la sensación de displacer, que a toda costa evitará el hombre, pues el poder del Leviatán es mayor al de cualquier contenedor habido en el estado de guerra. De esta manera el poder del Leviatán es absoluto, conoce las pasiones y controla las mentes de los hombres. Instauro la Ley civil para domesticar al hombre, cercenando su imaginación y orientando su pensamiento hacia la devoción del soberano que impide su destrucción, así como la satisfacción de los bienes deleitosos por parte de los otros hombres.

La Ley civil y el castigo, se constituyen en el punto fijo que evita el movimiento pasional en el hombre. Le indica a éste lo que puede hacer y lo que debe esperar de sus buenas y malas acciones, pues el hombre pasional, apetitoso, sí ostenta la categoría de hombre malo en el estado de civilidad, a diferencia del estado de naturaleza, y por lo tanto podrá ser gravemente castigado, reprimido, expiado.

El estado de civilidad, no sana al hombre del dolor producido por la lucha interna de sus pasiones que permanece en movimiento, sólo evita que las mismas lo arrastren a dañarse a sí mismo o a los otros, así ocurre con la Ley, que propende por la paz castigando, pero que no libera al hombre de sus propias cadenas, esto es, de sus pasiones.

**BIBLIOGRAFÍA**

- ARISTÓTELES. Obras: Psicología, Tratado del alma. Tomo I. Madrid: Medina y navarro, s.f.
- BOBBIO, Norberto. Tomás Hobbes. 2ª edición. México: Fondo de Cultura Económica; 1995. 186 p.
- DESCARTES, René. Obras escogidas. Buenos Aires: Sudamericana; 1967.
- HOBBS, Tomás. Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil. Madrid: Fondo de Cultura Económica; 1994. 618 p.
- . Elementos de derecho natural y político. Madrid: Centro de estudios constitucionales; 1979. 432 p.
- . Tratado sobre el ciudadano. Madrid: Trotta; 1999. 205 p.
- . Tratado sobre el cuerpo. Madrid: Trota; 2000. 394 p.
- FRAILE, Guillermo. Historia de la Filosofía III: del Humanismo a la Ilustración. Madrid: BAC; 1978. 917 p.
- MOSQUERA BRAND, Fernando Abilio. Relación de continuidad y de discontinuidad entre la antropología y la física política hobbesianas. Medellín, 2002. 337 p. Tesis (Doctor en Filosofía Eclesiástica). Universidad Pontificia Bolivariana. Escuela Eclesiástica de Filosofía. Escuela de Formación Avanzada.
- PLATÓN. Diálogos. México: Porrúa; 1978. 733 p.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres. 3ª. ed. Barcelona: Península; 1976. 157 p.
- STRAUSS, Leo. La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis. 1ª ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica; 2006. 21 p.
- TÖNNIES, Ferdinand. Hobbes vida y doctrina. Madrid: Alianza editorial; 1988. 345 p.
- VALLESPÍN, Fernando, et al. Tomás Hobbes y la teoría política de la revolución inglesa. En: Historia de la teoría política, 2. Estado y teoría política moderna. Madrid: Alianza; 1994. 444 p.

